ARMAS DE LA PATRIA

361



Solamente la capacidad guerrera de una Nación asegura el mantenimiento de la paz que es la mayor grandeza de los pueblos

Octubre de 1935



Armas de la Patria

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Crónicas, Notas Sociales, Comentarios, Anécdotas, Narraciones y Actualidades referentes a las Instituciones Armadas

Director: **Horacio F. Lagos**

Redacción y Talleres (Provisoria) — Río Branco 1478 — Montevideo, Octubre de 1935 — Año I — Núm. 1

...cosa que aparezcamos ante la faz del mundo sin mancha.

José Gervasio Artigas

SUMARIO

Armas de la Patria	3
Industrias Militares	9
La Guerra en el Mar	11
Política y Cuartel	13
Trilogía heroica	15
Ley de Olvido	19
General Núñez Briand	22
Fechas Patrias	29
Espionaje en la guerra (narración)	30
Servicio Militar Obligatorio	35
Canto Triunfal (narración)	40
Guerra de Montaña	41
Tres Gestos de Grandes Conquistadores	44

Armas de la Patria

Las actividades referentes al Ejército y a la Armada ya han sido analizadas en numerosas ocasiones por revistas o publicaciones de distinta índole, las cuales se han ocupado de las referidas instituciones bajo sus aspectos orgánicos, técnicos o tácticos en los tonos más diversos.

No es nuestra misión por cierto recorrer el citado camino. Nuestra Revista ve la luz de la calle animada del propósito de llenar una sentida necesidad al margen de las citadas instituciones. Lo social, lo festivo, lo anecdótico e intrascendente desfilará en nuestras páginas unido en ocasiones a lo grave y reflexivo, prestando un poco de jovialidad a las ya de por sí severas características de aquéllas y tratando al mismo tiempo de reavivar en la moral colectiva de las mismas todos aquellos conceptos o normas que tiendan, bajo cualquier punto de vista, a lograr una mejor compensación de sus deberes, facilitando así su marcha hacia los grandes destinos a que están llamadas.

La palabra sana y reposada que surge en el aula o en la academia del cuartel para robustecer la moral ante el ejemplo o ante la historia, llegará por nuestro intermedio al hogar de todo soldado para traducir ante él el sentir de sus conciudadanos, sus necesidades y sus inquietudes, y, también, llegado el caso, tocará la conciencia de cada ciudadano para llevar ante él las inquietudes y necesidades de aquéllos. Seremos, pues, para el Ejército y la Armada en particular, una pequeña tribuna doctrinaria, y para la Nación en general, un lazo más de unión espiritual entre pueblo y ejército, un nuevo vínculo, esta vez jovialmente amenizado por todo lo de intrascendente y agradable que puede surgir de un periodismo honesto y bien intencionado.

En marcha, pues.

PATRIA!...

La patria es la madre común de todos los compatriotas vuestros. Su nombre venerado simboliza la unión de todos los intereses en un solo interés, de todas las vidas en una sola vida imperecedera. La patria no es solamente el suelo donde nacísteis y donde tienen arraigo todos vuestros recuerdos y esperanzas: el cielo que os cobija, el aire que respiráis, la tierra que os alimenta y alimentó a vuestros padres y en cuyo seno descansan los huesos de vuestros antepasados, sino también la sociedad misma, viviendo de una vida común, trabajando con un fin, y marchando a realizar con el tiempo la misión que la providencia le ha señalado.

Manuel Oribe.

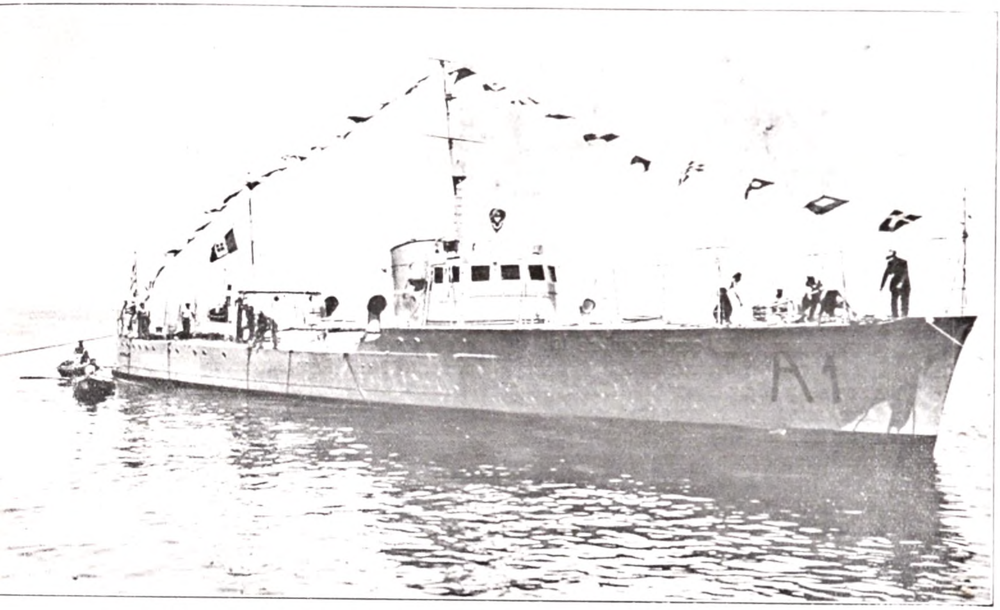
¿Qué es la patria? Es el suelo donde nacimos, donde vimos la luz, donde respiramos el aire vivificante que nos dió movimiento, la atmósfera que influyó en nuestra complexión; todos los objetos externos que formaron nuestros gustos, nuestro hábitos, que excitaron nuestras afecciones y se ligaron a nosotros por los vínculos de la naturaleza y de la sociedad.

Ia reunión de todos esos objetos que nos son caros es lo que forma ese ser ideal tan querido que se llama patria. Qué son las instituciones? Las leyes, los usos y las costumbres que nos aseguran la frución de ese conjunto de objetos a que está vinculado el amor de los ciudadanos.

Juan Ignacio Gorriti.

Patriotismo es ese amor, esa fuerza, esa ley natural ineludible que ata al hombre a la tierra en que nace, le convierte en un defensor airado y en un trabajador incesante para enriquecerla y hermosearla. Como amor es fuente de grandezas y sacrificios, como fuerza es agente de cultura y de dominio, como ley es principio eterno que rige la formación y vida de las sociedades. Es anterior a toda doctrina, superior a toda convención e interés y más poderoso que las voluntades. Por eso es germen de perfección moral, móvil eterno de heroísmos individuales y colectivos, y la única inextinguible fuente de la verdadera gloria.

Joaquín V. González.



Dentro de breves días y piloteados por Oficiales de nuestra Armada, emprenderán viaje a nuestras playas, los modernos guardacostas recientemente botados al mar, en Italia, y construídos por encargo de nuestro Gobierno.

La incorporación de estas unidades a nuestras fuerzas navales, aparte de aumentar la eficiencia de aquellas en su misión de vigilancia de nuestras costas, facilitará la práctica y adiestramiento de nuestros marinos en la navegación, según los últimos **adelantos de la ciencia** náutica, dado que las naves de referencia están dotadas de todos los implementos más modernos.

Es de suma conveniencia para nuestras Instituciones Armadas que se las mantenga permanentemente entrenadas tanto por mar, como por tierra y aire, en el manejo y conocimiento de todas las evoluciones que en cuanto a armas y procedimientos guerreros se experimentan en los ejércitos de países extranjeros, especialmente en las grandes Potencias Europeas.

Por ello no podemos menos que aplaudir adquisiciones como la que comentamos, que tantos beneficios reportarán a la práctica, instrucción y perfeccionamiento de nuestros bizarros marinos.



Camilleros de guerra

Noble y abnegada la obra anónima del camillero de guerra, se agiganta en el momento arduo y peligroso de su labor, cuando la metralla, en su mortífera acción, siembra el pánico y la muerte con despiadada furia.

Allí están ellos, siempre dispuestos a todas las contingencias de la fortuna, listos al auxilio inmediato del caído, sea quien fuere, compañero o enemigo, cumpliendo la elevada misión de salvar vidas o dar la despedida postrera del que se va, cumpliendo con el deber honroso de haber defendido la integridad patria.

París, la hermosa ciudad de la vieja Europa, ha levantado en uno de sus principales parques, el monumento que vemos aquí, como recordación perenne de los camilleros de la gran guerra; símbolo viviente de todos los camilleros de la tierra.

ARMAS DE LA PATRIA

Trilogía Heroica

Un paisano
Un sable
y Un caballo



Ellos, con espartana sencillez, jalonearon el glorioso camino de la Patria con jirones de heroismo.

Pasarán los años, los siglos. Nuestra Nación en marcha llegará al cenit de sus destinos. La máquina moderna, reemplazando al hombre, hará también de la guerra una inconsciente carnicería anónima, acéfala, al disputar la máquina a la máquina un predominio en el que casi no pesará el coraje humano.

El gas mortífero, la guerra química, el fuego líquido, los tanques, el avión...

Nuestro paisano, noble y valiente, será solo un resorte más en aquel mecanismo.

El sable, un símbolo.

El caballo, un recuerdo.

Más al volver nuestros ojos a los brumosos recuerdos de la Historia, como un ensueño, veremos siempre y admiraremos también siempre la figura épica de nuestro soldado legendario, aullando su coraje en el grito viril que enardece el tropel de la carga, relampagueante el acero, estridente el clarín, mientras los nobles butos, contagiados de heroismo, tridente el clarín, mientras los nobles brutos, contagiados de heroismo, sus cascos, bajo los cuales todo tiembla.

Casi ya hoy es solamente un recuerdo la trilogía heroica que gestó nuestra Patria

Un paisano,
un sable,
un caballo...

INDUSTRIAS MILITARES

Por ser este un asunto que atañe a la buena organización militar, el ejército debe tomar cada vez más contacto con la industria del país, siguiendo una orientación práctica moderna, relacionada con futuras movilizaciones.

Por tanto, debe existir un plantel de ingenieros militares especializados en tales materias, para lo que es necesario la creación de una Escuela Superior Técnica, que encargue periódicamente a profesores y alumnos superiores, visitas a distintas fábricas y establecimientos industriales de importancia.

De esta manera se va elaborando un plan de acción con elementos, maquinarias, personal, capacidad de trabajo, etc., que ordenado se obtiene en definitiva síntesis provechosas, que uniendo lo posible a lo práctico desecha la posibilidad perniciosa de toda fantasía. Lo existente y lo real en el país debe ser el objetivo básico, para lo que es necesario contar, por parte de los dirigentes de la Industria privada, con la mayor comprensión y un vivo deseo de colaborar con el ejército en tan importante y patriótica obra.

Bien se sabe que cuando desgraciadamente llega una guerra, es toda la nación la que se pone de pie; y si de inmediato en tales casos las tropas militares corren hacia las fronteras por deber, a retaguardia las más primarias tienen que llenar a su vez su cometido, con exacta prontitud, con previsión y nunca en forma improvisada. — Desde tiempo de paz corrre la organización industrial de guerra, y estará más tranquila la nación que resulte previsora al respecto.

No hay duda que la tarea es compleja y que se necesita método y orden para obtener resultados prácticos de importancia. — Aún así, en los ejércitos modernos se orientan tales actividades en base a objetivos concretos y a planes definidos para no malgastar energías ni acumular datos en una acción dispersa.

Y a este respecto, siendo una tarea de alta conveniencia nacional, habría desde ahora necesidad de contar con una ley especial que asegurara esta relación del ejército con los industriales del país, y también que permitiera obtener fácilmente las requisiciones que fueran indispensables en el futuro.

La defensa de la nación es tarea permanente que corresponde vigilar al pueblo y al gobierno, debiendo todos dedicarle su más alto interés y la preocupación que realmente merece.

La Bandera de Ituzaingó

En 1825, el gobernador de Salta, general Arenales, formó con los indios de la Quebrada, el regimiento número 5, llamado de **Tatitos**, fuerte de 600 plazas, cuerpo que, mandado por el coronel don Félix de Olazábal, se portó admirablemente en toda la campaña del Brasil, y, sobre todo, en Ituzaingó.

Hasta el 19 de febrero, el ejército republicano había marchado sin desplegar al viento la bandera, y, según atestigua el doctor don Francisco Javier Muñiz, en esa misma forma entró en fuego el día 20.

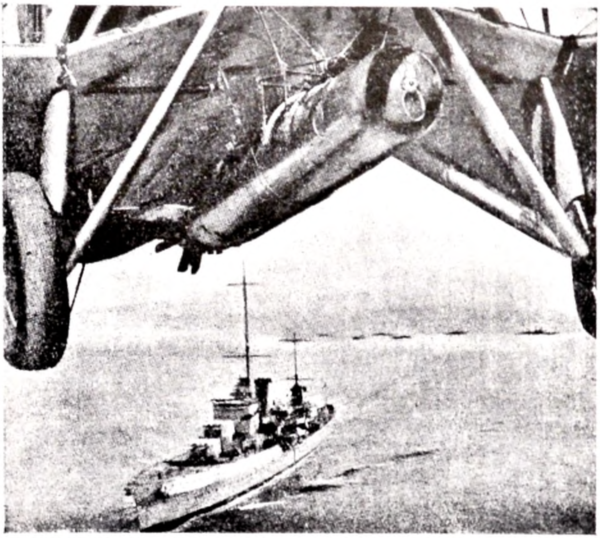
En lo más recio del combate, cuando la victoria se mostraba indecisa, el regimento número 5 recibía, casi a pecho descubierto, el mortífero fuego de los cañones y fusiles enemigos.

Alvear, que se daba cuenta de la imprescindible necesidad que había de que los bravos **Tatitos** permanecieran firmes como una roca en su peligrosa situación, ideó un medio eficaz para conseguir su objeto. Tomó la enseña inmaculada de la patria, y después d eagitarla al viento, la presentó al regimiento, que la aclamó delirante. Luego, entregándola a Olazábal, le dirigió breves y honrosas frases, terminando con estas palabras:

—Coronel Olazábal: hasta nueva orden, aquí debe permanecer, firme y enhiesta, la bandera que le confío; defiéndala como merece, y si para ello es preciso, háganse matar a su pie usted y todos sus soldados.

ARMAS DE LA PATRIA

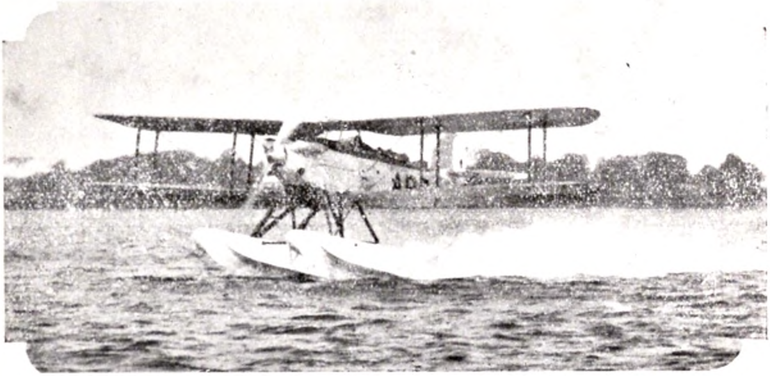
La guerra en el mar



Las últimas informaciones procedentes del viejo continente, en que se anuncia la inminencia de una nueva guerra europea que tendría por teatro inicial el Mar Mediterráneo, actualizará una vez más el tema referente a la eficiencia de la aviación como arma ofensiva y de observación en el mar y que ya ha dado motivo a diversas polémicas de carácter técnico y estratégico entre autorizados cronistas militares.

Si bien ya en la anterior contienda mundial se llegó a probar que el hidroavión constituía un valioso elemento de exploración lejana de una flota, en aquel entonces no llegó a utilizársele como una arma ofensiva de la categoría que se la considera actualmente. En efecto, el impacto de bombas sobre un acorazado, que visto desde los tres mil metros, altura media de vuelo de bombardeo, es caso insignificante para el ojo del co-piloto, está unánimemente considerado como muy difícil y por demás peligroso para la aeronave debido a las múltiples armas antiaéreas, ametralladoras y cañones de pequeño calibre, de que aquellos van provistos. La lucha, pues, en el mar, deberá considerarse en lo que respecta a aeronaves, solamente como un duelo entre las diversas escuadrillas oponentes para obtener una supremacia de observación y excepcionalmente deberá considerarse como posible que una fuerza aérea aislada pueda atacar con probabilidades de éxito a una escuadra acorazada. Recientemente, a estos interrogantes, les cabe una pequeña salvedad a raíz de la novedad que en lo que respecta a armamento aéreo pueda surgir, del hecho de que Inglaterra, ya ha adoptado para algunas de las escuadrillas que guardan sus 6 buques porta aviones, la variante de que a más del armamento que les es común, algunos aviones lllevaran entre su tren de aterrizaje un torpedo pequeño de gran poder, capaz, uno solo de ellos, de mandar a pique a un poderoso acorazado, de lograrse un buen impacto. La nota que ilustra esta página da una idea del hecho que comentamos.

Un hidro-avión decollando en el Río de la Plata frente a nuestra ciudad



Con motivo de la visita que efectuó recientemente a nuestros país el primer magistrado de los E. E. U. U. del Brasil, Dr. Getulio Vargas, alas amigas se tendieron bajo el cielo de la patria y pasearon mejestuosos los pabellones de dos naciones hermanas en un simbólico abrazo de confraternidad.

Politica y cuartel

Las actividades políticas en general, significan, para la vida interna del país y para el regular funcionamiento de sus instituciones, un justo y democrátnco torneo entre sus ciudadanos que pretenden, según el sector o partido político en que militan, imponer sus ideas, tendencias y convicciones. Esta pugna es apasionada, a veces violenta, pero, admirable, si de ella pudiera surgir mañana el regimen o mayoría política que condujera nuestra patria hacia los grandes destinos que visionara el inmortal Artigas.

El militar, paralelamente a esa actividad netamente civil, ejercita en el cuartel sus armas e instruye al ciudadano en su manejo para mañana, si fuera menester lanzarse valerosamente contra todo aquel que osara destruir o perturbar ese laborioso mecanismo interno que nuestros estadistas lentamente han amasado en más de un siglo de contínuo bregar. Tal es su misión elemental. Mientras éstos levantan palmo a palmo el edificio magestuoso de nuestra nacionalidad, aquellos severamente garantizan la solidez e invulnerabilidad de la obra: la vigilan.

Por eso un militar en servicio activo jamás debe descender hasta la brega política embanderándose en determina atendencia. Puede, desde luego, alimentar una íntima simpatía por ésta o aquélla ideología que más tarde se ha de traducir en hechos al practicar sus deberes ciudadanos, pero, su misión amplia y en la que descansa por igual la confianza de todos los habitantes del país, le impide descender a subordinarse a intereses unilaterales de determinado sector político.

¿Cómo el que debe en todo momento responder al primer requerimiento de un gobierno, que según nuestras democráticas instituciones provendrá de cualquier tendencia o sector político, puede de antemano participar en la lucha para elegirlo manifestando su ideología en pro o en contra?

Los últimos tiempos se han caracterizado entre nosotros por el recrudecimiento de las pasiones políticas a través de hechos que son del dominio público. — Algunos jefes y oficiales no han podido, por desgracia, sustraerse, como era de esperar, a participar en esa lucha y. unos por

propia convicción, otros por falta de dominio y los más por compromisos con terceros, se han visto arrastrados a esa corriente político-revolucionaria que ha tenido, para la mayoría, punto final en la baja del Ejército, el retiro del servicio activo o el destierro.

Situaciones todas lamentables, puesto que algunos eran jóvenes oficiales de quienes la patria esperaba mucho y que nos hacen abominar una vez más a los malos políticos, que incapaces de obtener sus objetivos por los medios legales que la Constitución y las Leyes del país ponen a su alcance, no vacilaron en ir un día a golpear las puertas del cuartel, buscando el sable que protegiera sus mercenarias intenciones.

Cuando los gobiernos defraudan la confianza pública o se desenvuelven al margen de lo legal, irremisiblemente caducan, nada hay que pueda impedirlo. La Historia ha probado hasta el cansancio esta aseveración. Pero, malos o buenos, debemos convencernos de una vez por todas, de que el camino para anularlos o para derrocarlos es y será el comicio, verdadera arma que la democracia ha puesto en manos de cada ciudadano para desahogo de sus conciencias. Excepcionalmente, y sólo debido a circunstancias especiales, aceptaríamos que se recurriese al Ejército y, si ello fuera necesario, no olvidemos jamás de que su pasaje por las posiciones públicas debe ser brevísimo, fugaz, y manteniendo hacia la totalidad de las tendencias políticas una verdadera y saludable equidistancia, una insospechable neutralidad respecto a las luchas, en este caso secundarias, de los que deben reemplazarlo, a fin de que no pueda ser tachado de banderizo o parcial poniéndose en duda la sinceridad de su gestión.

El Ejército es para la Nación. Más aún, el Ejército es de la Nación, o sea del pueblo mismo y su misión alcanza perfectamente a los miles de habitantes que viven en nuestra querida tierra Oriental.

Reneguemos, pues, de los malos políticos, que son a su vez peores patriotas, y que a pesar de las dolorosas huellas dejadas por los acontecimientos pasados, son capaces de reincidir en sus propósitos menguados de minar las bases donde se sostiene inconmovible el sentimiento de patria que forjaran en un esfuerzo homérico Artigas, Lavalleja, Rivera y todos aquellos grandes que nos dieron una tierra libre, en la seguridad que de ella haríamos una nación digna de tan nobles y elevados principios

Quiero marcharme así

Nada de lágrimas en los ojos
ni pañuelos que se agiten en el aire
quiero marcharme así, calladamente
sin que lo sepa nadie.

Quiero marcharme así, como si fuera
un peregrino de la vida, un paria,
sin dejar amarguras en mi huella
ni dolor en las almas.

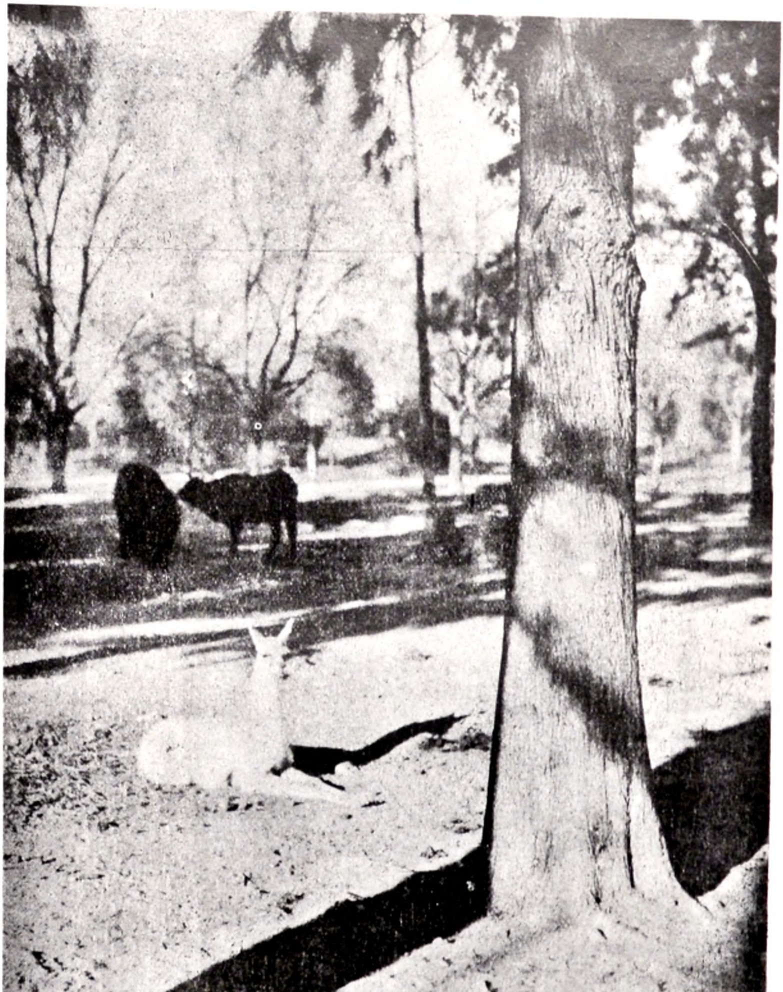
Quiero marchar, y luego desde lejos
escribir una carta,
muy llena de ternuras infinitas;
una carta muy larga.

Quiero marcharme así, calladamente
sin notar una lágrima.

GUILLERMO VAZQUEZ

MONTEVIDEO ARTÍSTICO

Un rincón de Villa Dolores



El fotógrafo ha sorprendido este rincón apacible y al objetivar su acierto, ha prestado a estas páginas una nota de indudables sugestiones artísticas.

Mártires de la Patria



El soldado que en la paz ejercita su brazo y su cerebro en tierra, en el mar y por aire, para estar listo en ser el primero en rendir a la Patria su tributo de sangre el día que asoma el peligro, encuentra muchas veces, aún en plena paz, un trágico fin que en el ánimo del pueblo debe servir para que sepa apreciar siempre la vida de sacrificio y de nobleza que por él y por la Patria llevan los militares uruguayos, ejemplos, ante los militares americanos, de hidalguía y valor.

LEY DE OLVIDO

La vida institucional del país, encajada dentro de las normas legales en que ella se desenvuelve, es, sin duda, una prueba absoluta de que la Nación vive una jornada de paz afianzada en forma definitiva por la serenidad que notamos en todos los sectores gobernantes.

Se trabaja con verdadera honestidad ciudadana y no obstante la honda perturbación de carácter mundial que dificulta el normal desarrollo de todos los gobiernos, la obra de reconstrucción nacional se hace notar auspiciosamente en la inteligente colaboración entre el P. E. y la H. Cámara de Representantes.

Cabe, pues, vaticinar un amplio resurgimiento nacional a corta plazo, que ya se insinúa en algunos aspectos económicos y políticos de nuestra vida pública.

Muy pronto, pues, apareceremos ante los ojos del mundo, plenos de vigor y riquezas, y sin que una sola sombra empañe la gloriosa tradición de nuestra nacionalidad. Las finanzas saneadas, las industrias madres protegidas, la desocupación disminuida por la contratación de obras públicas. la deuda externa regularmente amortizada, las instituciones armadas perfectamente alejadas de todo roce político, etc., etc., pero, y tocamos este punto debido a la ausencia total de síntomas que puedan probarnos lo contrario, en medio de esa paz y armonía nacional habrá una pequeña, quizás insignificante laguna, que a nuestro entender al menos es resorte y punto de gravitación de la mayor parte de las anormalidades ocurridas en los últimos meses. Nos referimos a los Jefes y Oficiales del Ejército que por intervenir en movimientos subversivos o secundarlos indirectamente, se encuentran actualmente de baja de la Institución, exilados o cumpliendo condenas.

Es necesario que la rama legislativa del Gobierno, estudie la situación de la totalidad de los Jefes y Oficiales que se encuentran en la situación expresada y que, luego de pesar prolija e imparcialmente los antecedentes y actitudes de cada uno, busque la forma de que esos hombres se reincorporen a las actividades del Ejército, ya sea en situación de actividad o retiro, según el criterio que, al promulgar la ley aplicara el Poder Ejecutivo. Aparte de que en esta forma se respondería a un llamado de lógica y humanitaria reconsideración, creemos que ese proceder lograría llevar hasta el extremo más inconmovible a la tranquilidad interna de la Nación.

En otro lugar nos referimos en un artículo titulado "Política y Cuartel" a los numerosos políticos que buscando un provecho propio organizan y han organizado, en la mayoría de los casos sin aparecer, todas las revoluciones, motines, etc., que registra nuestra historia política en los últimos cincuenta años. Siempre detrás del actor ha estado el gestor o por lo menos el inspirador de la intentona que una vez realizada, si el movimiento tenía éxito, aparecía a recoger el fruto de sus "consejos" malogrando así con su intervención parcial todo lo de patriota e idealista que pudiera tener la actitud del actor material y, si aquélla fracasaba por falta de ambiente o por cualquier otro factor, entonces el "gestor" desaparecía sin dejar rastros mientras que contra los actores materiales se desataba todo el rigor de la justicia.

Bien, como en la actualidad el Ejército de la Nación está fuera del alcance de la prédica levantisca de los políticos mercenarios, como éstos saben que será excepcional que encuentren, en la hora actual en un cuartel, quien haga oídos a sus ya conocidas combinaciones reivindicadoras y como necesitan mentar ante sus parciales el nombre de tal o cual militar, es que derivan en todos los casos hacia los hombres radiados de las filas, los cuales unos sí y otros no, a veces ceden a sus fantásticas concepciones urgidos en muchos de los casos por necesidades elementales que todo hombre en su misma situación habría de sentir.

Creemos firmemente que en la hora actual ya esos hombres, los militares al margen de la Institución, habrán podido convencerse del alcance de ciertas promesas y de la capacidad de algunos dirigentes o por lo menos del arrastre que cada uno es capaz de tener, y estamos convencidos que si una ley amplia y sin excepciones les proporcionara una oportunidad de volver a tomar contacto con las actividades que lo vieron hacerse hombre y a las cuales dedicaron toda su existencia y todos sus afanes, con todo entusiasmo ellos contribuirían con su acatamiento a demostrar que aún siguen amando más a su propia patria que al interés banderizo que los llevó un día tras un ideal, a jugar su carrera, vanamente, en intentonas infructuosas y antipatrióticas por lo endebles e inorgánicas que colocaban nuestra patria grande y digna en ridículo parangón con alguna minúscula república centroamericana.

Sería una ley noble y sin rencores. Una ley de fuertes; como puede ser la de un Gobierno que tiene en sus manos los múltiples resortes de la Nación. No una ley de perdón, pues solamente se perdona al acto inspirado por maldad, sino una ley de olvido ya que lo que se trata es de olvidar un idealismo equivocado, un rumbo mal tomado, que llevó al hombre por defensa de un credo que él vió noble, a empuñar un arma y buscar la forma de imponerla en lucha leal.

Gral. Núñez Briand



No diremos ha muerto un soldado; más bien diremos que el vendaval de la vida ha derribado un roble, porque solo así seremos exactos al recordar la broncínea personalidad del austero militar desaparecido.

Hecho en el molde de los viejos soldados de la emancipación, supo aunar todas las exigencias requeridas para ser el General de la Nación, cuyos entorchados brillarán con limpidez de luz en el deber cumplido a conciencia y cuando las guerras fratricidas cubrieron de sangre el suelo patrio, el cumplimiento del deber lo halló en el terreno de la acción, estoico, sereno, noble y caballeresco.

Su vida de soldado estuvo a tono con los prestigios de la Institución armada a la que dedicara todos sus entusiasmos y capacidad técnica y como ciudadano, el pueblo lo halló en sus filas en todas las horas en que tuvo necesidad del calor de los buenos patriotas.

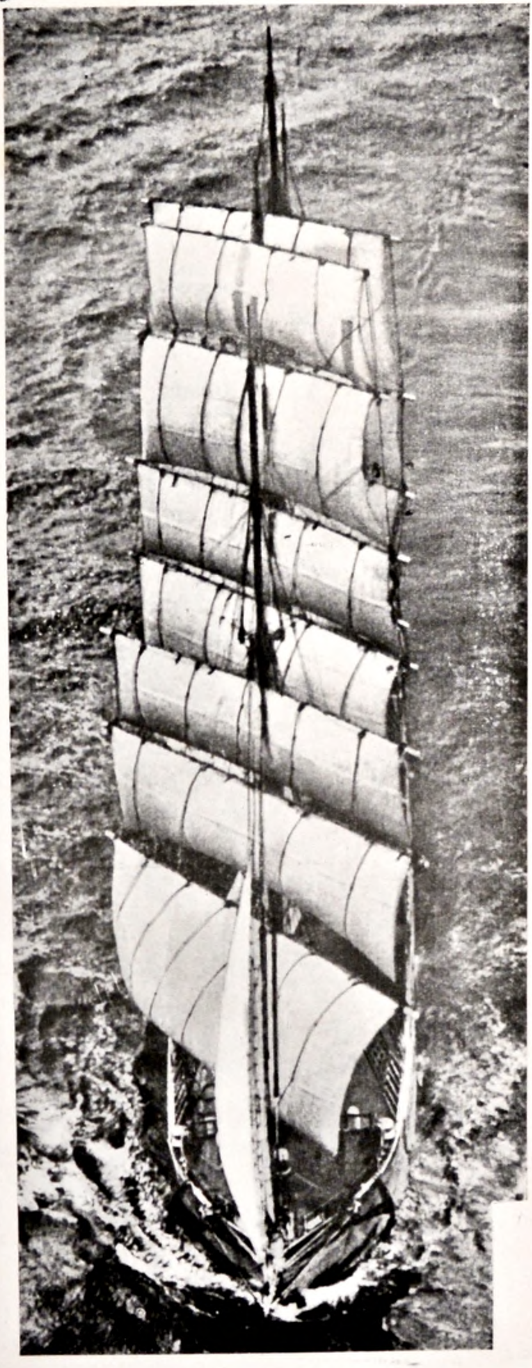
Icemos a media asta el blanco pabelllón de nuestros más caros sentimientos ante la marcha definitiva del noble general y austero ciudadano desaparecido.



EL CHASQUE

Su licensia; vengo 'e chasque.
—Avance, cabo Carballo!
—Dise 'l teniente primero
qui hoy tuvimos entrevero
y qu' hemos ganao di un saque.
Asomó "el poncho 'e los pobres"
y clavamos la bandera;
y ái ventajiamos, señor,
porque pa' eyos hubo un sol...
y pa' nosotros ¡dos soles!
¡Y jué linda la trensada!
si hasta los mesmos baguales
ande vosiaba el clarín,
echaban p' atrás la clín
pa' darle cuerpo a las balas.
Los contrarios van juyendo
seguidos po' el escuadrón;
—¿Muchas bajas?
—De los nuestros
vaint' heridos, y dos d'éstos
deben d' estarse muriendo.
Mi olvidaba; además d'eso,
al sargento e' los lanseros
a l' altura 'e la jineta,
en un chumbo 'e bayoneta,
se li han ganao hasta el güeso.
—¿Y no hay más bajas, Carballo?
—Denguna, mi capitán;
porque mi hermano mayor...
va siguiendo al escuadrón,
va muerto... ¡pero a cabayo!

A. CAVILLA
SINCLAIR



Antaño

Jarcias, mástiles y velas henchidas, plenas de viento
Silbido en los cabos, crujidos de leños añosos golpeados por olas que, unas a otras, se entregan la nave que pasa...

Tal el antaño heroico.

Más, ninguna nave moderna, podrá competir en arrogancia y hermosura con los antiguos veleros que unas veces descubriendo nuevos continentes y otras surcando mares para librar homéricas batallas, jalonearon todos los rincones del planeta con rutas de gloria.



Hogaño

Tendido sobre el mar, burbujeando en popa el ansia infinita de sus hélices, siempre anhelantes por marchar, trepidando sordamente su casco ciclópeo empenachado de humo, dejando atrás las olas que destroza su proa vertiginosa e implacable, pasa el navío... Su masa azul - gris se confunde con el mar en engañosa conjunción de colorido, y mientras la muerte duerme en sus entrañas, sus bocas de fuego, mudas y en descanso, acechan tendidas sobre el puente, la futura presa que ose desafiar su poderío

Anécdota en la que se narra còmo fué fusilada una yegua condenada por un consejo de guerra

En pretéritos y ya lejanos tiempos en que la Isla de Martín García era presidio militar, comandaba la guarnición de tropas encargadas de la vigilancia y seguridad de los presos, el oficial de marina, don Solano Gutiérrez, nativo de Catamarca, y hombre de una rigidez férrea en el cumplimiento de su deber.

Como sucede con todos los condenados a presidio, su obsesión constante es conseguir la libertad de cualquier modo, y en el caso que relatamos los reclusos solo podían escaparse contando con la ayuda de afuera, ya logrando llegar a la costa de la isla en pequeñas canoas, cosa difícil, porque la vigilancia era muy severa, o bien salvando a nado, en un descuido de los celosos guardianes, la distancia que separa la isla de la costa uruguaya que es la más cercana; pero para obtener la ansiada libertad por este medio, se precisaba ser muy buen nadador, habilidad que no era común en los presos, y menos en aquellos oriundos de las provincias del norte de la República.

Un empleado que desempeñaba funciones civiles en la Administración del presidio, había conseguido llevar a la isla una yegua, la que al poco tiempo de estar allí tuvo cría, suceso que fué motivo para que los pobres presos adoptaran al potrillo como mascota y todos se empeñaran en cuidarla con verdadero cariño.

Por aquella época en que todos se esmeraban en cuidar el animalito, se sucedieron, en períodos más o menos cortos, fugas de penados, y no obstante que el teniente de marina Gutiérrez personalmente y con toda la tropa extremaba la vigilancia para ver de capturar la canoa que facilitaba dichas fugas, no se puedo encontrar un solo indicio de cual sería el punto o los puntos donde atracaba el bote para facilitar la evasión.

Cuando ya desesperábase de encontrar al cómplice, una noche como boca de lobo, Gutiérrez realizaba la ronda con su fuerza armada, percibió un ruído extraño en medio de un bosquecillo y acudió rápidamente para investigar a que se debía tal ruído, y cuál sería su sorpresa al notar que un bulto bastante grande surgía del agua.

Esta aparición no asustó al teniente ni a sus soldados, pues sin pérdida de tiempo avanzaron, pudiendo comprobar que el bulto que vieron salir del río era nada menos que la yegua del empleado civil del presidio, la que fué llevada en calidad de prisionera.

Una duda imprecisa atenaceó toda la noche la cabeza del teniente, y al otro día bien temprano se iniciaron las averiguaciones para conocer a que se debía la ocurrencia de la yegua de darse aquellos baños nocturnos.

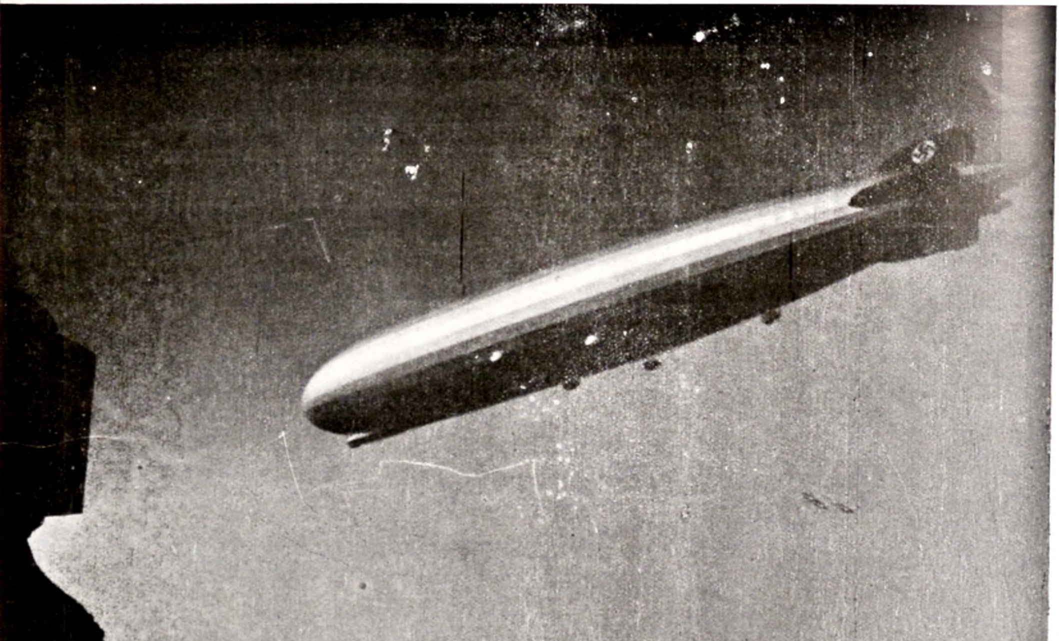
Uno de los presos, perdidas las esperanzas de recuperar la libertad por los medios que la habían obtenido algunos de los que fueron compañeros de cautiverio, resolvió poner en conocimiento del teniente Gutiérrez la forma en que se habían fugado los presos, desvaneciéndose así el extraño misterio.

Lo ocurrido fué que se habían completado un número limitado de presos para evadirse utilizando la yegua, a cuyo efecto la llevaban con la cría a la orilla y de allí la lanzaban al río, y agarrados a la cola unos tras otros, los penados salvavan la distancia a la otra orilla. Una vez en tierra, la yegua volvía instintivamente a la isla en busca del potrillo, que retenían los presos, y repitiendo la operación, obtuvieron la libertad varios de los que purgaban sus condenas.

Descubierto así el cómplice principal de la fuga, resolvió el jefe de la guarnición formar un consejo de guerra, y a pedido de uno de los miembros se condenó a la yegua a la pena de muerte y fué fusilada al rayar el alba del día siguiente.

HERMES CAPELA.

Las naves mas livianas que el aire han demostrado superioridad sobre las mas pesadas



La regularidad, eficiencia, radio de acción y capacidad que las naves más livianas que el aire han demostrado poseer en estos últimos años a través de su más calificada expresión, el Graft Zeppelin, han colocado a este género de naves en situación de supremacia sobre los aviones, al menos hasta que éstos, en futuras demostraciones no comprueben lo contrario.

Fechas patrias

LA Costumbre de recordar las fechas augustas de las jornadas históricas que dieron a las naciones sus soberanías, personalidad e independencia, es el culto que cual vestales deben alimentar los gobernantes que levanten por encima de todo el sentimiento del verdadero patriotismo, pues que son esas jornadas las que pusieron las piedras fundamentales de la patria, subrayando con líneas firmes e imperativas el porvenir que el destierro depara a los pueblos.

Recordar y recordar con homenajes es de cierto modo rejuvenecer. No envejecen los pueblos que mantienen siempre palpitante el entusiasmo y ardor, la pasión y la virilidad de sus mejores días de gloria.

¿Cómo no tener fe en un pueblo que cuando llega el aniversario de los hechos más trascendentales de su vida — los hechos que afirmaron la libertad — se viste de fiesta, llenan el ambiente con las notas de sus himnos gloriosos y exalta el espíritu de sus héroes?

Tal debemos pensar de nuestro pueblo que nunca se encuentra perezoso para ratificarse en sus más firmes y seguros pasos en pos de su grandeza y dignificación.

Por eso pensamos que hay que dar una gran virtud, la virtud que tiene en realidad, a esas conmemoraciones de las grandes epopeyas históricas que fundaron la libre patria uruguaya.

¡Desdichados los pueblos que han echado al olvido sus fechas magnas! Ellos viven la barbarie de la prehistoria, vegetan un presente confuso y están destinados a un porvenir oscuro. De ellos se puede decir con el Dante:

Non si vi pensa
Quanto sangue costan.

No saben, en efecto, cuanta sangre han costado las libertades y derechos que tienen por esencia la nacionalidad.

Espionaje en la guerrra

UNA de las mil historias asombrosas de los anales secretos de la guerra es el modo con que un norteamericano salvó a Verdún.

Cuando los alemanes por primera vez se lanzaron, en salvaje acometida, contra aquel baluarte de líneas francesas, el mundo se maravilló de lo tenaz y lo heroico de la resistencia. Pero los franceses no hubieran podido defender Verdún como lo defendieron contra la fiera acometida si de antemano no hubieran estado advertidos de lo que les esperaba.

El hombre que les dió esta información preciosa, y, por tanto, evitó la aplastante derrota en que el episodio hubiera podido terminar fué un viajero norteamericano que acababa de llegar de Varsovia y, cuya historia parece el capítulo de una novela romántica de William le Quex.

Una mañana, al llegar yo al Almirantazgo ,encontré esperándome a un hombre alto, delgado, con un cigarro apagado en la comisura de los labios.

—Quiero ver al almirante Hall —me dijo.

El almirante Hall estaba enfermo, y le indiqué al visitante que podía exponer lo que quisiera. Su respuesta fué:

—Es asunto muy secreto e importante y quiero ver a alguien que pueda tomar rápidamente una resolución.

El capitán Aubrey Smith, directo adjunto del depatamento de Inteligencia se ofreció a hablar con él, y yo le llevé al despacho al norteamericano.

Pasó un cuarto de hora y el capitán salió en estado de gran exitación.

—Venga usted acá. Hoy — me dijo. —Usted, que es un gran psicólogo, entre en mi despacho y fíjese en lo que está diciendo ese hombre, y luego dígame su opinión.

Entré y encontré al norteamericano paseando, inquieto, a grandes zancadas de un lado a otro. El capitán Smith se le dirigió con estas palabras:

—Si lo que usted ha dicho es verdad son informes del más alto valor. Haga usted el favor de volver a repetirla, a fin de tomar unas notas taquígrafas y poder pasar noticia de ello a la oficina competente.

Sin preámbulo, el yanqui comenzó por segunda vez su historia; asombrosa, casi increíble historia.

—Parece increible que un ciudadano norteamericato vulgar pueda estar en posesión de un secreto tan extraordinario — empezó por decir. — Yo no puedo juzgar si es verdad o no; lo único que puedo hacer es decírselo a usted tal como a mi me lo han dicho. Acabo de llegar de Varsovia, donde fuí con motivo de negocios. Durante mi permanencia allí me hice amigo del gobernador de Polonia. Poco antes de partir me invitó a comer con su famiila, y yo acepté.

Dió la coincidencia de que era el cumpleaños de su hija; comió y bebió de firme (y por momentos fué haciéndose más locuaz y comunicativo. Cuando se retiraron las señoras empezó a hablar de la guerra y se refirió a los planes de Alemania para una próxima ofensiva en el frente Oeste.

Siguió nuestro yanqui su historia con el relato de las circunstancias en que el gobernador empezó a revelar aunque confusamente ,extremos y aspectos del gran ataque, destinado a herir de muerte a Francia. Con todo cuidado y diplomacia el norteamericano le sonsacaba como podía.

—Me dijo — siguió textualmente su historia — que acababa de volver a a Berlín, donde había asistido a un Consejo del Gran Estado Mayor General alemán, y añadió: "En Berlín reconocen que las cosas no marchaban como se quisiera y que hay que intentar algo, aunque sea a la desesperada, para destrozar el frente occidental".

El gobernador dijo, por fin, el yanqui que se esforzaba por disimular su curiosidad y su interés, que estaba decidido atacar Verdún; que con Fakenhain jefe del Estado Mayor General había declarado su determinación de "dar el golpe más enérgico de la guerra y someter a Francia con él".

Todavía fué más allá la explosión de confianza del gobernador, que llegó a decir la fecha del ataque y el número de tropas que el Estado Mayor General alemán estaba dispuesto a sacrificar para la toma de Verdún.

—Esto es todo lo que sé — dijo por fin el norteamericano, —puede que por una parte no sea conveniente llevar las tropas francesas a aquella parte de la línea; por otro lado quizá haya algo que examinar en lo que dejo dicho. De cualquier modo ya saben ustedes tanto como yo.

Cuando se hubo marchado del despacho el capitán Aubrey Smith se volvió a mí y me preguntó:

—¿Qué le parece a usted? ¿Usted le cree.

Creo la historia de lo que le ocurrió — contesté. — Pero si el gobernador decía la verdad o no la decía, es otra cuestión ya.

—No parece probable — dijo Smith — De cualquier modo, lo mejor será que tome usted su automóvil y vaya a casa del almirante Hall a darle cuenta de esta conversación.

El almirante Hall miró mis notas y me hizo luego la misma pregunta que el capitán me había hecho respecto del crédito que mereciese aquel hombre. Yo sólo pude responder:

—Parecía hombre verídico y recto.

Conforme iba releyendo fruncía el entrecejo el almirante Hall.

—Como esto sea verdad — dijo, — supone muchos millones de vidas para Francia. Vaya en seguida y de cuenta de lo que ocurre al agregado naval francés y mande copia al Ministerio de la Guerra.

Me pareció más conveniente ir primero a ver al agregado naval. Le produjo la noticia grandísima inquietud.

—Tiene aspecto de ser verdad—dijo: Hace tiempo que se nos viene anunciando un ataque en gran escala; pero no hemos logrado saber aún donde ha de ser. Dentro de un minuto se sabrá esto en París por teléfono particular.

Se comprenderá fácilmente que tomar estos informes en consideración encerraba un riesgo tremendo. Era posible que el gobernador de Polonia hubiera cometido la necia indiscreción de revelar secreto semejante a un extranjero? ¿O sería toda una finta encaminada a desorganizar las tropas francesas de modo que las alemanas tuvieran oportunidad de alcanzar una victoria aplastante en algún otro punto del frente?

Si los franceses desentendían los informes y resultaban ciertos, ello podría conducirlos a un desastre espantoso. Si procedían de acuerdo con ellos y resultaban falsos, el desastre que se produjera podía no ser menor. Optaron por el riesgo de creer la historia del norteamericano ,cuya veracidad y acierto se encargaron de probar los hechos de manera dramática. En el mismo día que él había fijado para principio del ataque las tropas alemanas cayeron sobre Verdún como una ola enorme. Pero los cañones franceses estaban dispuestos, y fueron las fuerzas alemanas las sorprendidas.

No sólo en este aspecto resultaron verdaderos los informes que diera el norteamericano, sino que también la cifra que dió respecto de los hombres que el enemigo estaba dispuesto a perder en la empresa resultó puntual y asombrosamente comprobada. Cuando cesaron los ataques alemanes a Verdún habían perdido los millares de hombres calculados.

El día en que los alemanes se lanzaron al ataque me encontró en un pasillo del Almirantazgo al agregado naval francés, que tendiéndome al mano, me dijo:

—¡Agradecidísimos!

HUGH CLELAN.

ARMAS DE LA PATRIA

VIDA DEL MAR

...Arribada...



Majestuosa y soberbia, en un sordo trepidar de aceros, después de quién sabe qué largas jornadas de ruda faena, ya engalanada y limpia, regresa la nave a buscar reposo en aguas mansas luego de haber saciado sus ansias de infinito. En lo alto, junto a las nubes, pájaros de guerra le dan su bienvenida, saturando el ambiente de roncas vibraciones, mientras en cada hombre, allá en cubierta, ante la visión del puerto, se mece una esperanza que inunda su cansancio de nuevos ímpetus...

Forjando carácteres!

El hombre no puede estar ocioso ni desprovisto de afectos ni pobre de esperanzas, sin contrariar su naturaleza o llenarse de vicios para matar el tiempo; y las ocupaciones frustráneas, y los afectos malsanos y las esperanzas fratricidas sólo pueden ser eliminadas mediante el hábito del trabajo; y los apetitos honestos y las esperanzas de mejorar, en sí mismo y no el de las espaldas del prójimo.

Agustín Alvarez.

El Servicio Militar Obligatorio

RAZONES QUE LO HACEN NECESARIO

Aun viven nuestras Instituciones Armadas dentro de las prácticas del viejo molde del profesionalismo militar, en lo que al soldado se refiere, alejadas de prácticas aceptadas universalmente y que elevan el nivel moral y técnico de aquellas a un grado de eficiencia indispensable en los ejércitos modernos.

El servicio militar obligatorio lejos de inferiorizar al pueblo ciudadano, como se han dado a proclamarlo los políticos demagogos con el espíritu subalterno de un proselitismo **más subalterno aún**, lo eleva, creando un tipo medio de individuo apto para la lucha por la vida en cualquier emergencia. La ciudad y la campaña se ven confundidas en el ejército bajo este sistema y lo que a la ciudad le sobra lo asimila la campaña intelectualmente y en esa amalgama democrática el país va creando un tipo de ciudadano ideal, si cabe el concepto.

La implantación del servicio militar obligatorio no es una costumbre reaccionaria, como se han dado en llamarle sus oficiosos detractores; la Rusia Soviética lo ha impuesto y para nadie es un misterio que Rusia es un país extremadamente izquierdista, pero que adapta todo lo que se hace necesario en la constante preocupación nacional.

Muchas ventajas aportan al ciudadano las prácticas del servicio militar; la educación física, moral e intelectual dentro del ritmo de una disciplina metodizada hacen de él un elemento ductil y provechoso, sin desmedro de las altiveces imprescindibles en el hombre. El ejército es una escuela donde siempre hay un molde para cada necesidad, en la cultura física y en la cultura intelectual; no ingresa a sus filas un solo ciudadano que no sienta sus beneficios porque en el término que vive bajo banderas, marcha encajonado dentro de un mecanismo científicamente experimentado asimilando cerebro y músculo, a la par que en la bizarra proximidad de las armas revive en su inteior, al esgrimirlas, todo lo de arrogante y patriótico que alentaron nuestros mayores al darnos Patria.

En números siguientes abarcaremos este asunto con mayor amplitud y, a manera de encuesta, a cuyo fin, solicitamos de los señores Jefes y Oficiales de las Instituciones Armadas de la Nación ,nos envíen colaboraciones, las que serán publicadas respetando rigurosamente todas las opiniones respecto a este tema.

Anécdota inédita de Napoleón

Cuenta Lorenzo de Bradi, en un periódico parisién, una historia de amor de quien mereciera el título de Emperador de Europa.

En 1790 el joven Napoleón Bonaparte era teniente de artillería y mandaba un destacamento de voluntarios de Liamone, de guarnición en Bonifacio (Córcega), y aunque ya sus ideas guerreras empezaban a mostrarse, no por ello dejaba de ser insensible al encanto de las bonifacinas, entre las cuales prefería a cierta señorita de Nerzio, también cortejada por el teniente de carabineros Hugi Peretti Della Rocca. En casos como éste lo que debía ocurrir no es difícil de prever.

El artillero detestaba al gendarme, y éste le pagaba con la misma moneda. El segundo era poeta, y en tal calidad dirigía a la bella "signorina" tiernas endechas y líricas declaraciones. Bonaparte, fiel a su táctica militar, asediaba la plaza sin rodeos.

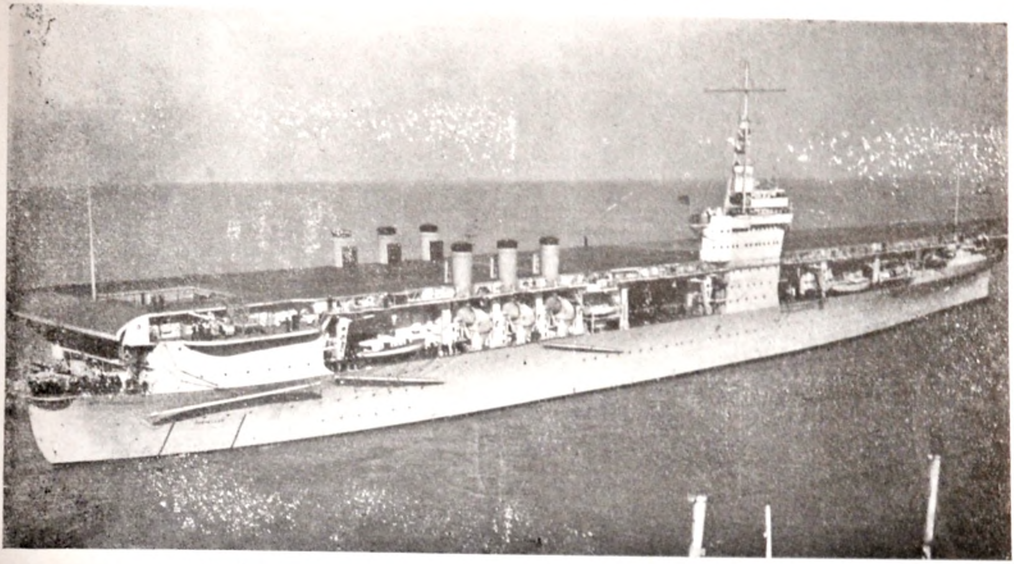
Una noche, mientras el teniente Bonaparte espiaba una salida de la señorita de Nerzio, disimulándose bajo el balcón y fingiendo hacer caso de las hablillas del barbero, presentóse el carabinero Della Rocca. Escena teatral: mirada furiosas, palabras altisonantes, injurias... Y en seguida, desenvainando sus respectivas espadas, ambos jóvenes decidieron batirse bajo los balcones de la amada.

El duelo se efectuó, a pesar de los ruegos del barbero enloquecido, y Napoleón fué herido en el brazo, exactamente frente a la puerta de la casa Matarini, que tiene la inscripción siguiente: "Anno de MDCXI". La sangre que corrió no fué mucha, pero parece que la suficiente para enfriar el entusiasmo amoroso del futuro Emperador.

El destino de Napoleón es conocido de todos, mientras que el de su rival nadie lo sabría jamás sin el concurso del señor de Bradi, que nos dice que murió centenario, después de haber mandado la plaza de Ajaccio con el título de coronel.

ARMAS DE LA PATRIA

NIDO DE AGUILAS



En la guerra moderna, el buque porta aviones desempeña un papel de excepcional importancia.

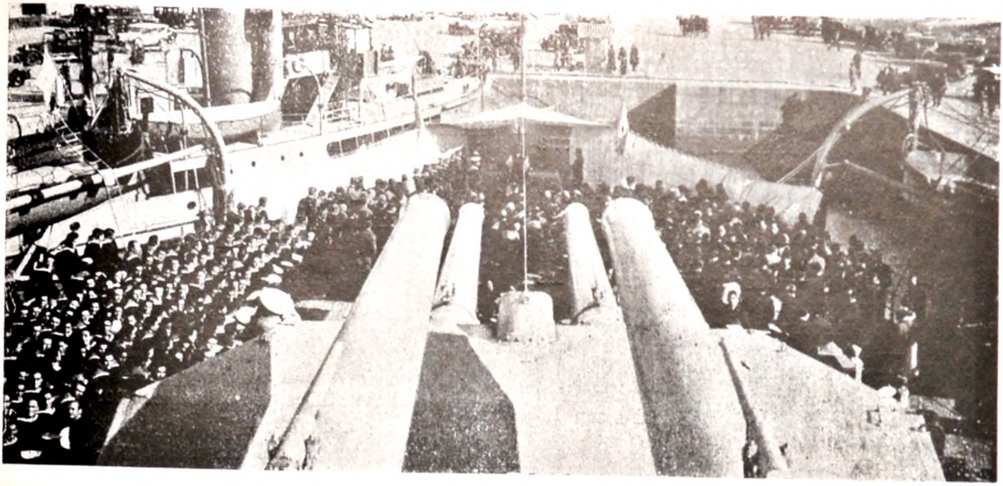
En sus entrañas acorazadas, centenares de pájaros metálicos, de gigantescos pájaros de guerra, se aprestan en cualquier momento a lanzarse sobre la flota enemiga, ya sea como ojo avizor que explora y observa, o ya como máquina destructora, plenas sus alas rígidas de potentes bombas.

Recordando a un As de las alturas



El General Francisco De Pinedo, una de las glorias más puras de la aviación mundial, que surcó con la proa de su hidro indomable los cielos de cuatro continentes, para caer cubierto de gloria al pretender agregar un laurel más a sus proezas de conquistador del aire

Antes de partir...



Como contraste, entre la realidad de las poderosas bocas de fuego y el recogimiento de la tripulación escuchando a un sacerdote, publicamos esta nota que nos muestra un momento de la despedida de un gran acorazado italiano, antes de partir rumbo al Africa Oriental

CANTO TRIUNFAL

LOS cañones callaron, desde el fondo de la oscura pieza resonó una vos espantosa ,trémula:

—¿Realmente, viste huir a tu padre?

—Ya te lo he dicho, mamá.

—¿Y no corrieron tras él, tirándole?

—Ya era de noche... Una confusión enorme. Los soldados peleaban con las culatas de las bayonetas — contestó alguien, penosamente.

—¿Dónde es el incendio? El fuego parece más grande.

Arde el mercado. Los invasores van de una casa a otra, rociándolas con petróleo, y les prenden fuego.

—¡Dios mío! ¡Toda la ciudad se muere! — dijo en la tiniebla una voz sollozante —. ¡Y también nosotros moriremos!

En lo alto, entre sombras ,rugían los proyectiles.

La casita — una simple planta baja —se estremeció hasta los cimientos. Las puertas crujían como empujadas por una mano invisible. La estufa se volcó rompiéndose; los cuadros cayeron de las paredes; los muebles se tumbaron, y de las ventanas saltaron trozos de vidrio. El yeso que caía, pulverizado, desde el cielorraso, hacía irrespirable el aire de al pieza, Era de noche; pero por las ventanas cerradas se filtaba el sangriento resplandor del incendio cercano. En un ángulo, ante la imagen de la

GUERRA DE MONTAÑA



La guerra de alta montaña, que dada la configuración de nuestro suelo nos es desconocida, tiene aspectos como el que reproducen estas notas gráficas. Marchas penosas, ascensiones difíciles, la naturaleza ofreciendo tantos o más peligros y trabas que los que pudiera ofrecer el enemigo y, por sobre todo, el frío punzante y tenaz que entorpece los movimientos, paralizando la acción y acentuando así la hostilidad general del medio hacia los hombres que tratan de explorarlo.



(Fotos obtenidas en la cordillera Andina por un camarada del Ejército Argentino y cedidas gentilmente para ARMAS DE LA PATRIA")

guida en un sobresalto y escuchar el eco lejano de las detonaciones. Por la ventana, en el cielo, veía el juego luminoso de las bombas de reconocimiento.

La muerte seguía en las calles de la ciudad.

En la misma casa semiderruída, en otra habitación, otro hombre vigilaba la noche. Ese hombre, como él, tampoco quería arriesgarse. Tenía miedo a la muerte. En su refugio, luchaba inútilmente contra ese miedo. Separado de sus hombres en la confusión del ataque, se había encontrado, sin saber cómo, en esa casa. Y no se atrevía a salir, Amaba la vida, y le tenía miedo a la muerte: "Cualquier cosa es preferible a vivir otro día como el de ayer".

Los dos hombres esperaban, dormitando y sobresaltándose. Los dos hombres espiaban la calle. Y allí, en la calle, los montones de cadáveres iban empapándose en luna. ¡Si por lo menos entre aquellos muertos asomase, de pronto, una señal de vida; si por lo menos en aquel silencio brotara un grito de triunfo! Pero nada, ninguna señal de vida, ninguna voz que librase a aquellos dos hombres de su miedo. Sólo el tableteo de las ametralladoras llegaba hasta ellos.

Pero, súbitmente, se hizo un silencio absoluto. El soldado, luego de vacilar, bajó la escalera. Aquella ausencia total de ruido lo desconcertaba: el asistente tenía la impresión de haberse vuelto sordo.

Al avanzar por una habitación de la planta baja, vió abrirse una puerta y asomar por ella a un capitán. Los dos hombres se quedaron inmóviles, mirándose en los ojos. El asistente, sin atreverse siquiera a respirar, esperó un insulto, una orden. Pero el superior, también casi sin atreverse a respirar, guardo silencio.

Y, de pronto, la quietud de la noche fué turbada por un vocerío que fué creciendo. Los dos hombres corrieron hacia la puerta, miraron en dirección a las líneas enemigas. Y vieron surgir en los extremos de las calles, vieron avanzar por entre los cadáveres, soldados de uniforme kaki, y de uniforme gris; soldados con gorras y con cascos de acero. Y todos, confundiéndose en abrazos, saltando, arrojando sus armas contra las paredes, lanzando sus gorras al aire, gritaban en diez idiomas distintos. Y entre las voces y las exclamaciones truncas, el asistente y el capitán comprendieron que la guerra había terminado.

Pero para aquellos dos hombres el triunfo era una palabra sin sentido.

... ...

Los dos hombres, que acababan de cenar juntos, estaban silenciosos.

—¿Formas parte de la asociación de ex combatientes? — preguntó, por fin el capitán.

El otro sacudió la cabeza:

—No. Tampoco retiré nunca el bono que me hubiera correspondido. No necesito dinero, por suerte.

—Lo mismo que yo.

—Bueno — dijo el capitán, interrumpiendo otro largo silencio. — Tengo que irme.

—Yo también.

En la calle no hubo apretón de manos que acompañasen a las palabras:

—Que te vaya bien...

—Hasta la vista...

Y los dos hombres se separaron. Y cada uno se dijo a sí mismo, refiriéndose al otro: "El único que sabe".

FREDERICK SKERRY.

(Canto Triunfal)

terror, bandadas de gente huían hacia los campos, en la tiniebla, refugiándose vigen colocada en el suelo, temblaba la llamita de una lámpara de aceite. Del camastro que había en un rincón de la pieza elevávanse ininterrumpidos los zollozos de los niños; y cuando el tronar y el rugir de los cañones callaba, oíanse las plegarias llenas de desesperación.

—¡Tengo miedo, mamá! Tengo miedo!

Pero otra vez el resonar de los cañones sofocaba aquellos lamentos que parecían chillidos de pájaros asustados. La casa daba la impresión de estar debatiéndose, inclinándose hacia todos lados, y crujía, rechinaba, como una nave condenada a naufragar.

La madre trataba de infundir un poco de ánimo a las criaturas. Pero sus palabras eran inútiles: las criaturas lloraban cada vez más fuerte.

—¡Cállense! Duerman. Ya no habrá más truenos. No, no me voy; no tengan miedo... Cuando venga papá, iremos a casa de tía, a arrancar peras. Josio: mira si no viene papá.

El muchacho se levantó ,sin contestar; tambaleó, apoyóse en pared. Sabía que el padre no volvería. Pocas horas antes, en el crepúsculo, lo habían fusilado los invasores. ¡Con sus mismos ojos, él lo vió morir — Josio tenía aún las manos pringadas con la sangre del padre. La soldadesca lo había alejado, a culatazos, del cadáver. Josio corrió a su casa, con aquella noticia; pero una fuerza superior a su voluntad le había obligado a mentir a la madre. Le parecía estar oyendo aún el grito terrible del padre; pero al ver la cara de la madre, esa cara contraída por la inquietud y el atroz presentimiento, no supo hablar. Josio estaba dispuesto a morir, antes que ocasionarle ese nuevo dolor. Y por eso se había encerrado en sí mismo, y callaba.

Catorce años, apenas. Pero aquellos días de guerra y la muerte del padre, habían envejecido su alma. Alma ahora vieja como el mundo, como el dolor, como la humanidad. Josio miraba todas las cosas como si estuviesen precipitándose en un torbellino cada vez más vertiginoso y profundo. Y ya no tenía miedo, ni conocía la inquietud. Era como si se le hubiera petrificado el alma.

Permaneció sentado un instante junto a la pared ,fijos los ojos vacíos en el incendio y en las columnas de humo. La ciudad agonizaba: en la espantosa tiniebla garras de mónstruos la desgarraban, la destrozaban.

Las oscuras alas del humo cubrían la lucha y los incendios.

La pequeña casa quedaba en las afueras ,cerca del cementerio, donde ya empezaban, por el calor a crepitar los árboles, y donde blanqueaban millares de cruces. Por el camino que conducía a la ciudad pasaban los automóviles, pasaban los soldados, rodaban los cañones y galopaba la cabalería. De cuando en cuando, con un solo grito de locura y

entre la maleza o en los fosos para evitar aquella lluvia de balas que caían, silbando, de todas partes.

El muchacho, después de permanecer un rato afuera, entró en la casa.

—¿Y? No se ve ,todavía? ¿Habrá ido a casa de algún conocido? — preguntó la madre.

—Tenía que ir, me dijo, a casa de tío... Seguro que se quedará allí toda la noche.

¿Y es capaz de dejarnos solos en una noche así como ésta? Dentro de un rato llegará... Vendrá cruzando los campos... El camino es más largo, pero más seguro. En los campos no estarán peleando, ¿no?

Con un pretexto Josio volvió a salir. Tenía miedo de traicionarse.

Los cañones tronaban más de tiempo en tiempo, y los obuses hendían la oscuridad como meteoros. En la noche, a lo lejos, graznaban las ametralladoras y repercutían las salvas de fusilería. Oíase el silvido de los proyectiles que se encastraban en los árboles del cementerio o en el techo alquitranado de la casita. aL batalla parecía ya próxima a su fin; pero los incendios llameaban, de minuto en minuto, más violentos. La ciudad, envuelta en una cortina de humo, era como una enorme hoguera; de trecho en trecho distinguíanse los caminos, semejantes a heridas que sangraban y las casitas que parecían temblar bajo la terrible amenaza de destrucción.

Y de aquel infierno, sobre el fragor del incendio, sobre el rugir de los cañones, sobre el silbar de las balas, elevábase, monstruoso, un alarido humano.

Los sollozos y el llanto parecían surgir del fondo mismo de la tierra.

Súbitamente un retumbo desgarró el aire, y Jossio fué arrojado contra la pared y, de rebote, a la cuneta que bordeaba el camino.

Volvió en sí a la madrugada y se incorporó con esfuerzo. De la casa, de su casita sólo quedaba un montón de escombros por entre los cuales llegaba hasta él un lamento moribundo.

El muchacho corrió hacia los escombros. Pero sus esfuerzos fueron inútiles. Inutilmente se ensangrentó las manos; inutilmente quiso apartar las vigas. El cansancio le doblaba las rodillas. Desesperado, corrió entonces a pedir ayuda a los vecinos. Pero las casas estaban vacías y saqueadas.

Suplicó ,imploró un poco de piedad a cuantos pasaban por el camino, para que lo ayudasen. Mientras tanto oía que los gemidos entre los escombros eran más débiles, más débiles, como si se alejasen poco a poco... Luego los gemidos callaron.

Josio comprendió. Y se dejó caer al suelo, sin fuerzas, con la cabeza vacía, casi insensible.

El nuevo día asomó lleno de sol,, envuelto en humo y con olor a incendio.

El sol estaba ya alto cuando en el camino resonó la banda militar y entre la polvareda fué avanzando la columna de soldados. La música era ,gradualmente, más vigorosa, más triunfal. Y la tierra retumbaba bajo millares de pasos. Resplandecía al sol un impenetrable bosque de bayonetas. Infinitas pupilas se encendían crueles y feroces. Un oficial, jinete sobre un hermoso bayo, se detuvo y ,antes de franquear las puertas de la ciudad, hizo una señal.

Y los soldados avanzaron entre las calles de la ciudad incendiada. Río enorme, súbitamente dilatado que derriba cuanto encuentra.

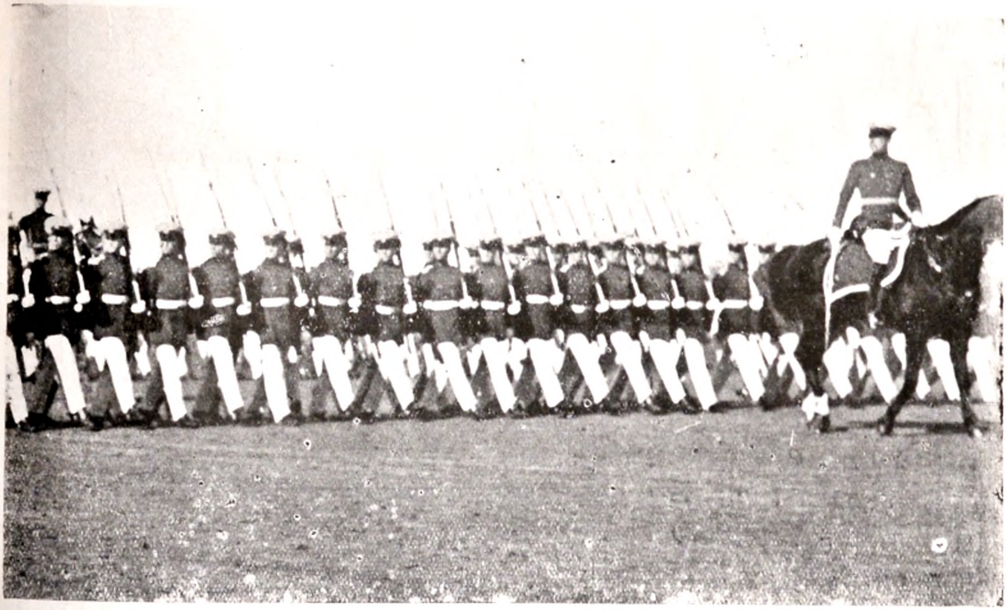
Josio se levantó de golpe. La sangre le inflamó el rostro y el corazón se le llenó de un odio feroz. Tomó un pedazo de ladrillo y lo arrojó con toda su fuerza a la cabeza del oficial.

—¡Toma! ¡Para ti y para todos, perro maldito! — gritó exaltado.

El oficial vaciló en la silla; pero, al mismo instante, cien bayonetas, cien fusiles, cien pares de botas cayeron, con rapidez de tromba, sobre el temerario.

Y siguieron avanzando con su canto triunfal y con su música. En la calle quedó un informe montón de carne en el que sólo se distinguía un puño apretado y amenazante.

Recordando la última visita del Colegio Militar Argentino



Los hermanos de armas de nuestros cadetes rinden honores, con su conocida marcialidad, a nuestro primer magistrado

Tres gestos de grandes conquistadores

I

Cuando el ejército macedonio salía de Judea, un general le preguntó a Alejandro:

—¿A dónde vamos, Majestad?

—A Egipto. Quiero fundar en la desembocadura del Nilo una ciudad más grande que Menfis y Babilonia.

—¿Y qué nombre váis a dar a esa ciudad tan grande?

El caudillo macedonio levantando su espada que parecía querer partir la tierra en dos porciones, respondió volviendo el rostro hacia su ejército.

—¡Alejandría!

II

El joven Julio César, en su escaño senatorial de Roma, recibía las censuras del censor Cantón. El terrible romano, enardecido por la tranquilidad de César, petenda abrumarle con sus acusaciones.

—¡Eres un traidor! — le gritaba. — ¿Qué haces de tus horas? ¿Por qué las empleas en conspirar contra tu patria? Vedle ahí, senadores, sonriendo indiferente, y habrá pasado la noche conspirando contra vosotros.

—No — respondió Julio César — esta noche fué terrible para mí. Mas no podía faltar, era un compromiso de honor.

Y extrayendo del pecho un rollito de pergamino, alargándoselo con dos dedos a Catón, añadió:

—Toma, lee. Es una cita de tu hija. ¡Si la hubieras visto! Está más bella que nunca.

El Senado Romano se escandalizó. Los senadores en pie protestaron austeramente.

Julio César, recostado sobre el brazo izquierdo, aspiraba el perfume exhalado por el rollito de pergamino.

III

El cielo de Jaffa tendía su lámina de acero azul. En medio cegaba como una fragua el sol de Egipto.

Napoleón pidió su caballo.

Los ayudantes se preguntaron con los ojos:

—¿A dónde irá el general?

Napoleón iba al hospital de coléricos. E iba con sencillez, como no había ido nunca a ninguna batalla. Y si en la mañana de Ulm y en el puente de Arcola, Bonaparte vió la muerte de cara, en el hospital de coléricos sintió en el rostro su aliento helado.

Napoleón entra en la vasta sala donde un centenar de sus soldados sostienen el último combate. Napoleón se cuadra.

Aquel batallón de moribundos lo aclama con delirio.

El monstruo no era paternal. No acarició a los enfermos. Se contentó con pasear entre ellos su figura. Los enfermos se sintieron animados bajo aquella mirada de gavilán.

Bonaparte respiró el vaho del cólera. Hinchaba su pecho lleno de emanaciones pestilenciales. Los ayudantes estaban espantados. Y — esto es lo más extraordinario — ¡los enfermos también!

Bonaparte salió del hospital, sereno, impávido. El monstruo acababa de ganar para siempre la idolatría de sus soldados.

He aquí una de las más grandes victorias de Napoleón.